

inútiles: el pontífice no podía consentir en la transmisión hereditaria de las coronas alemana y normanda sin dejar por completo abandonado el porvenir de la Iglesia. El subterfugio á que Enrique apeló para lograr su objeto fracasó también, pues Celestino se negó á coronar emperador al joven Federico, como tan ardientemente lo deseaba. Esto destruía todo cuanto había conseguido en Alemania, con amenazas ó con promesas, pues los príncipes, animados por el ejemplo del papa, acabaron por rechazar en definitiva sus proyectos de transmisión hereditaria de la corona. A pesar de haberse convencido de la imposibilidad de salir bien de la empresa, Enrique no cesó en su empeño, sino que, como su padre cuando se encontró en análoga situación, pensó en llegar á su objeto por otro camino. Los príncipes, accediendo á sus deseos, eligieron rey al joven Federico, á quien juraron fidelidad en Francfort. Adolfo de Colonia se opuso al principio á esta elección y solo después consintió en aprobarla cediendo á las instancias de Felipe de Suabia, que en 1195 había sucedido á su hermano mayor, Conrado, en aquel ducado. La elección de Federico era un nuevo paso hacía el fin que, á pesar de sus fracasos, seguía persiguiendo Enrique.

Pronto, sin embargo, llamaron su atención otros cuidados, pues comenzaba á vacilar el suelo sobre el cual se levantaba el edificio de la dominación universal. La ausencia de Enrique había sido aprovechada con ardor y con éxito por el partido nacional de Sicilia, con el cual estaba en secreta inteligencia la emperatriz regente. La agitación pasó rápidamente de la isla al continente, viéndose apoyada por la Iglesia, que se valía de los poderosos recursos que tenía á su disposición. La presencia del emperador en Sicilia impulsó á los descontentos á intentar el último esfuerzo, fraguando al efecto una conspiración para asesinar á Enrique durante su permanencia en su residencia favorita de Waidwerck, en las frondosas montañas de Messina. Uno de los conjurados descubrió el plan poco antes de que se llevara á cabo, y entonces el emperador huyó precipitadamente á Messina y reuniendo á sus fieles alemanes, pudo muy pronto hacer frente con un ejército de toda su confianza á los rebeldes, que entretanto se habían lanzado al campo y á quienes derrotó por completo en Catania. Su venganza fué terrible, pero no más de lo que exigían las ideas de derecho y los procedimientos penales de aquella época: únicamente el odio nacional pudo presentar á Enrique, por lo que hizo entonces contra los traidores que querían atentar á su vida, como un sanguinario tirano que se gozaba en los actos de crueldad. La complicidad de la emperatriz es indudable, pero Enrique aparentó ignorarla, pues reconocer tal hecho hubiera sido quebrantar su reputación, y Constanza continuó interviniendo en los actos de gobierno, especialmente en el castigo de los culpables, con lo cual se apartó para siempre del partido nacional. Duro fué el castigo que se impuso: de los rehenes que, en 1193, fueron enviados á Alemania, únicamente los individuos de la familia de Tancredo y los sacerdotes se libraron de la pena de privación de la vista que el emperador impuso á todos los demás. En una dieta que, en la primavera de 1195, celebró en Palermo, declaró á los magnates allí reunidos, que todos merecían la muerte, pero que se contentaba con castigar á los jefes del complot, contra los cuales se aplicó el bárbaro derecho penal de aquella época. Entonces, sin embargo, no se encontró nada de extraordinario en que los culpables fueran los unos decapitados ó ahorcados y los otros empalados ó quemados, y en que al señor del castillo de San Giovanni, que debía ser proclamado rey después de la muerte de Enrique, se le pusiera una corona de fuego en presencia de la reina Constanza.

La Sicilia se sometió obedientemente, la Italia tembló y en Alemania se hicieron nuevamente preparativos para la cruzada, con la cual pensaba Enrique llevar á cabo sus proyectos. Los embajadores imperiales usaban en Constantinopla un lenguaje amenazador: el emperador griego pidió la paz, que le fué concedida mediante el pago de un tributo anual de 5,000 libras de oro, con lo que vino á hacerse vasallo de Enrique. Procedentes de Alemania, reuniéronse en la Pulla 6,000 cruzados, que mandados por Conrado de Maguncia se dirigieron desde Bari á Messina. En setiembre llegaron llenos de esperanzas á San Juan de Acre, es decir, á la tierra prometida, para la cual parecía haber sonado definitivamente la hora de la tan deseada salvación. Los contemporáneos contemplaban admirados el colosal poderío de aquel soberano. El matrimonio de Felipe con la griega Irene, que acababa de celebrarse en Augsburgo, parecía abrir anchos horizontes á nuevos proyectos. El joven rey Federico debía ser llevado por su tío á Alemania para ser coronado emperador en Aquisgran mientras Enrique pensaba ir á juntarse en Oriente con los cruzados. Sin embargo, toda esta soberanía se derrumbó de repente, enterrando bajo sus ruinas las esperanzas de la cristiandad y con ellas especialmente las del pueblo alemán, el cual desde su situación dominante cayó en la miseria y en la aflicción y se vió condenado á una ruina inevitable. Enrique VI falleció en 28 de setiembre de 1197, víctima de una fiebre producida por el ardor del clima siciliano. El emperador nunca había podido soportar impunemente el aire de la hermosa isla, pues á poco de haber dominado la rebelión ya había estado gravemente enfermo. Curado en apariencia, entretúvose cazando en el pantanoso valle de Nisi, junto á Messina, y allí la fiebre le atacó de nuevo. Entonces se dirigió á Messina y experimentó alivio, pero cuando se preparaba á ir á Palermo, tuvo una fuerte recaída. Conociendo que su muerte se acercaba, y después de meditarlo seriamente, hizo su testamento, en el cual prescribió á los que después de su muerte habían de regir los destinos del imperio, lo que debían hacer y cómo habían de conducirse para vencer la tempestad que de todos lados amenazaba caer sobre ellos. El día 28 de setiembre espiró, siendo conducido á Palermo por sus contristados alemanes y sepultado en el extremo occidental de la nave lateral del Sur de la catedral, consagrada á Santa Rosalia. Su cuerpo fué depositado en un sarcófago de pórfido bajo un macizo dosel, con todos sus adornos reales, envuelto en una capa amarilla con cenefa purpúrea y cubierta su cabeza con el gorro real recamado de oro y de perlas, junto al cadáver del rey Roger II, padre de su esposa. Esta y su hijo Federico II fueron también enterrados allí al cabo de poco tiempo. La tumba de Enrique ha sido abierta dos veces, en 1491 y en 1781, época en que todavía se conservaban en parte el cuerpo y las vestiduras del emperador.

Enrique VI al entrar propiamente en la edad viril, es decir, á los 32 años, fué sorprendido por una muerte repentina en el momento en que estaba á punto de ver terminado, con su expedición á Oriente, el edificio de su dominación universal, que había conseguido construir á fuerza de incesantes trabajos y de difíciles luchas. La corta duración de su reinado, la magnitud de las empresas durante su gobierno realizadas, la gravedad de las crisis que atravesó su temeridad en los días de fortuna, su indómita perseverancia en la adversidad, la confianza que tenía en todos sus actos y su manera de cumplir su misión de soberano le hicieron aparecer como una figura sobrenatural á los ojos de sus contemporáneos, que siguieron admirados la carrera de aquel brillante genio para verle luego repentinamente sepultado en las tinieblas de una noche eterna. Con admiración y con miedo se contemplaba

á aquel hombre, que acometió la empresa de encadenar al mundo y que á pesar de poseer algunas bellas cualidades humanas, como la afición á la poesía, no podía, en sus luchas por conseguir el fin supremo de su soberanía terrenal, ceder á los impulsos suaves ni expresarlos de un modo apacible y simpático. De aquí que Enrique VI fuese poco querido: sin ser completamente extraño á Alemania, su carácter carecía de rasgos propiamente nacionales, pues su pensamiento político era el imperio universal. A pesar de todo, el pueblo alemán estaba convencido de lo mucho que valía aquel soberano y con alegre orgullo se veía por él elevado al puesto de primer pueblo del mundo y de representante de la dominación universal. Todo esto desapareció con la repentina muerte del

joven emperador: entonces se comprendió claramente todo lo que había valido, y este dolor del pueblo fué expresado de un modo tan bello como gráfico por el monje del convento de San Blas (Selva Negra) que en su anuario consigna, después de la noticia de la muerte del emperador, estas dolorosas palabras: «El pueblo alemán debe llorar eternamente su muerte, pues lo ha hermoñado con las riquezas de otros países, le ha hecho temible con su valor guerrero á todos los pueblos vecinos y ha mostrado que en lo porvenir hubiera superado á todas las naciones á no haber sido prematuramente sorprendido por la muerte. Gracias á su virilidad y á su claro talento, el imperio hubiera recuperado el esplendor que tuvo en la antigüedad.»

## LIBRO QUINTO

### LUCHA DECISIVA ENTRE EL IMPERIO Y EL PONTIFICADO

(1197-1268)

#### CAPITULO PRIMERO

##### FUNDACION DE LA SOBERANÍA TEMPORAL PONTIFICIA POR INOCENCIO III

(1197-1216)

Enrique VI había recorrido el mundo como una de esas terribles tempestades del Norte, y como ella, en todas partes había dejado en pos de sí la desolación. Violentamente había destruido por doquier el antiguo estado de cosas, y el peso de su dura mano se había dejado sentir de Occidente á Oriente. Todo había sido modificado; todo estaba sin completar y necesitado de reforma cuando se extinguió aquel espíritu colosal que se había propuesto la reconstrucción monárquica del sistema de los Estados cristianos y había impuesto al mundo, que á ello se resistía, los primeros elementos para conseguir este fin. Una nueva prueba de la profundidad y claridad de su talento político, y de su exacta comprensión de la verdadera situación de las cosas, es la que dió en su lecho de muerte cuando adoptó las medidas con las cuales hubiera podido por lo menos evitarse que se derrumbara por completo el edificio de su soberanía que dejaba sin terminar. Convencido de que la curia, libre del principal peligro, sería la que se pondría al frente de la rebelión que amenazaba estallar contra la soberanía de los Staufen, dictó en su testamento (1) algunas disposiciones que habían de conciliar su voluntad y prepararla á tolerar por lo menos el principal resultado de sus esfuerzos.

La situación de dominación universal que ocupaba la casa

(1) Winckelmann, en su obra: *Felipe de Suabia y Oton IV*, I, página 481, ha defendido con éxito la autenticidad del testamento (*Gesta Innocentii III*, cap. 27), del que solo un fragmento se ha conservado, autenticidad que antes había sido puesta en duda; véase Tocche: *El emperador Enrique VI*, pág. 475, nota, y Ficker: *Investigaciones para la historia política y jurídica de Italia*, II, pág. 324.

de los Staufen, se apoyaba en la unión de la soberanía de Alemania con la de Sicilia: era preciso, pues, reconciliar al pontificado con esta unión y hacer que fuera para él tolerable por medio de la concesión de garantías que aseguraran la independencia de la Iglesia y la conservación de su soberanía temporal. Por eso Enrique ordenó que se devolviera inmediatamente al pontificado la supremacía feudal sobre el reino de los normandos que de hecho le había sido arrebatada á la muerte de Guillermo II. Con esto creyó defender eficazmente á su hijo impúber contra cualquier peligro que le amenazara en su reino hereditario por parte de la Iglesia. El porvenir de la doble soberanía de los Staufen dependía esencialmente de la conservación de la corona imperial; y así Enrique, á cambio de que pudiera ceñirla Federico, ofrecía en su testamento á la Iglesia la devolución de los bienes de la condesa Matilde, á excepción de algunos territorios. Pero como la Iglesia había considerado siempre estos bienes como propiedad suya, no vió en aquella concesión más que la satisfacción dada finalmente á una antigua exigencia y en manera alguna la gracia de una ventaja especial. El otro ofrecimiento del emperador de dejar en libertad los Estados de la Iglesia, nada significaba tampoco, pues que con él no se hacía más que atender á las antiguas quejas de la curia por el inexacto cumplimiento de la paz de Venecia. Enrique, que se había dicho todo esto á sí mismo, ofreció además otras ventajas positivas á la Iglesia, disponiendo que Markwardo de Anweiler,—á quien había concedido en feudo del imperio el ducado de Rávena, el condado de Bertinoro, la Marca de Ancona y otros territorios,—y Conrado de Urslingen, á quien había hecho duque de Spoleto, se reconociesen vasallos del papa por los Estados que poseían, con lo cual se alteraba fundamentalmente el orden de cosas existente. Con la aneación de estos importantes territorios, el antiguo patrimonio de San Pedro se convertía en un verdadero Estado eclesiástico que abarcaba toda la anchura de Italia, de mar á mar, y

cuya posesion daba al pontificado una garantía segura de independencia en frente de los Staufen, aun cuando estos siguieran conservando las dos coronas de Alemania y de Sicilia. Despues de la Iglesia, nadie había padecido mas con la política de Enrique VI que el rey de Inglaterra; y como este hasta entonces había aprovechado todas las ocasiones de destruir el para él tan funesto dominio de los Staufen, era de prever que, despues de la muerte de tan poderoso emperador, se dedicaria con todas sus fuerzas á poner en planta todos sus antiguos planes. Enrique VI procuró tambien evitar el peligro que por este lado podia amenazar. En efecto, ya en la primavera de 1197 había ofrecido á Ricardo Corazon de Leon devolverle el rescate que en otro tiempo le había exigido, y á la sazón le eximió expresamente de la dependencia feudal que antes le había impuesto, á lo cual pudo haber contribuido la consideracion de que, en virtud de las severas disposiciones de la Iglesia, al hacer prisionero al cruzado había incurrido en la excomunion eclesiástica y de que sus adversarios procurarían, á su muerte, sacar de esto alguna utilidad política.

Estos temores del moribundo emperador se realizaron: el anciano Celestino III declaró que efectivamente había incurrido Enrique en excomunion y protestó contra la sepultura eclesiástica que se le había dado. Sabia, al proceder de esta manera, que detrás de él había una potencia contra la cual no podría sostenerse la soberanía de los Staufen, una vez muerto su gran representante y puesta por su muerte en manos de un adolescente. La opresion alemana había despertado no solo en los sicilianos sino tambien en todos los italianos el sentimiento de nacionalidad; así es que se apresuraron á fundar nuevamente su libertad sobre las ruinas de la potencia Staufen, que se desmoronaba repentinamente. Tambien en esto intervino la Iglesia, y aun parecia que, previendo el suceso que acababa de ocurrir, había hecho ciertos preparativos y contraído algunas alianzas para apoderarse, hasta donde le fuera posible, de la herencia que el imperio había de dejar en Italia. Sin embargo, no lo consiguió sino en parte, pues en Tuscia, de cuyos territorios quiso apoderarse inmediatamente, no logró su intento y hubo de ver cómo en noviembre de 1197 se unian todas las ciudades de aquel país para la comun defensa de su libertad contra cualquiera que atentara á ella y cómo se obligaban á no tratar sino en comun con una tercera potencia. Esto quebrantó al mismo tiempo profundamente el poderío de los Staufen en la Italia central. Igual efecto produjo en la Alta Italia la noticia de la muerte de Enrique VI; tambien allí las ciudades se emanciparon de la soberanía alemana y se apresuraron á enriquecerse con territorios y con derechos, á costa del imperio. Pero donde apareció de un modo mas marcado el carácter nacional de este movimiento fué en el reino normando. La muerte de su esposo hizo que Constanza, dejando á un lado toda consideracion, diera libremente expansion á sus grandes simpatías nacionales; y al proceder así, aparentó ceder á una imperiosa necesidad política, con lo cual dejaron de considerar odiosa aquella evolucion aun los que con ella se veían mas perjudicados. Los odiados alemanes, que en parte habían sido colocados como guardadores é inspectores por el difunto esposo, fueron expulsados del país, á pesar de lo cual algunos se negaron á obedecer la órden de destierro é intentaron conservar por la fuerza los territorios que les habían sido cedidos por el emperador. Por otro lado, Constanza se sometió á la Iglesia, implorando se le permitiera dar sepultura eclesiástica á su esposo que había muerto excomulgado, cosa que Celestino quiso hacer depender de la indemnizacion previa á Ricardo de Inglaterra. En cambio le fué concedida á Constanza la coronacion como rey de Sicilia que

había pedido para su hijo el jóven Federico, con lo cual volvió á su antiguo vigor la soberanía de la Iglesia sobre el reino normando. De esta suerte caducó el testamento de Enrique VI antes de que se hubiera podido intentar ejecutarlo; pues en la situacion en que se había colocado Italia, el cumplimiento de sus cláusulas hubiera equivalido á la restauracion de la soberanía de los Staufen que de hecho había quedado destruida; y la curia estaba tanto menos dispuesta á restaurarla cuanto que los efectos en Alemania producidos por la prematura muerte del emperador, abrian á sus esperanzas mas brillantes horizontes.

La noticia de la muerte de Enrique VI afectó grandemente á Alemania, donde, despues de un largo período de aflicciones producidas por las malas cosechas y por sus tristes consecuencias, se confiaba entonces en un halagüeño porvenir. Cuanto mas los grandes y pequeños soberanos habían temido al poderoso emperador, tanto mas desenfrenadamente trataron de aprovecharse de la desaparicion de la autoridad suprema del imperio. Oyéronse, pues, muy pronto lamentos en todas partes, porque el derecho y la paz habían muerto con el emperador. Bohemia y Moravia se vieron en seguida ensangrentadas por terribles guerras civiles; la posesion del Hainau y de la Flandes dió origen á una lucha que amenazaba convertirse en gran guerra, á consecuencia de la intervencion de Francia y de Inglaterra; y el propio hermano del difunto emperador, el duque Oton de Borgoña, murió en una injusta lucha contra el obispo Conrado de Estrasburgo. A pesar de todo esto, Felipe de Suabia, que en la Pentecostés del año 1197 había celebrado con gran pompa en Gunzenlech, cerca de Augsburgo, sus bodas con la griega Irene,—aquella sabia, noble y hermosa mujer, única figura luminosa que se destaca en aquel período de tinieblas, rosa sin espinas, paloma sin hiel, como la llama el poeta,—emprendió su marcha al Sur para acompañar á su sobrino Federico á Aquisgran, donde debía ser coronado rey; pero de repente se vió amenazado por una sublevacion general en Italia; y desde Montefiascone, donde fué atacado, tuvo que emprender con los suyos precipitada fuga hácia el Norte, llevando consigo la excomunion que Celestino III había lanzado sobre él como representante de los derechos de los Staufen. Italia estaba perdida; Felipe comprendió que su primer cuidado debía ser salvar la Alemania; pero en tan difíciles circunstancias ¿podía confiarse á un niño la corona del imperio? Introducir en este punto una modificacion, no podia hacerse sin violar los derechos reconocidos; no quedaba mas recurso que una regencia y el candidato para ella era Felipe, pues ya Enrique se la confiaba en las cláusulas de su testamento que se referian á Alemania. No opinaba de esta suerte la oposicion, la cual esperaba entonces conseguir sin trabajo y sin peligro lo que no había podido lograr en 1192 y 1193 á causa de la prision del rey de Inglaterra. Esta oposicion, dirigida por Adolfo de Berg, arzobispo de Colonia, queria arrojar del trono alemán á la dinastía de los Staufen y contaba para ello, como había contado en otro tiempo la gran conspiracion de príncipes, con el eficaz auxilio de Inglaterra.

Casi toda la parte occidental del imperio siguió este poderoso impulso. Los arzobispos de Colonia y de Tréveris se reunieron en Andernach con el obispo de Estrasburgo y con otros magnates y pasaron revista á los candidatos de la contra-monarquía. Naturalmente la atencion se fijó desde luego sobre los Welfos, pero el primogénito de Enrique el Leon, Enrique del Palatinado, se encontraba en los Santos Lugares; el hijo segundo, Oton, harto ocupado estaba, como duque de Poitou, con las sangrientas luchas de su patria adoptiva, y Guillermo era demasiado jóven para ser nombrado rey

Entonces se pensó en el ascaniano Bernardo de Sajonia, que por su escaso poderío no podia ser peligroso para los príncipes del imperio. Bernardo, sin embargo, renunció al honor que se le queria conceder. A pesar de las protestas formuladas por Felipe á causa de la exclusion de su sobrino, Adolfo de Colonia persistió en sus maquinaciones procurando que se llegara pronto á un hecho consumado, porque como se ignoraba cuál era la opinion de los príncipes ausentes por causa de las cruzadas,—que esperaban á Enrique VI en Oriente y que se apresuraron á regresar á su patria en cuanto tuvieron noticia de su muerte,—podia suceder que por este lado se ejerciera enérgica influencia en favor de los Staufen. Se ha censurado á Felipe por no haber hecho fracasar las intrigas de los enemigos, las cuales no afectaban solo al jóven Federico, sino á la familia toda de los Staufen, ciñéndose la corona y salvando de esta suerte por lo menos á su dinastía. Suabia hubiera visto con júbilo esta solucion; tambien se le hubieran mostrado favorables Franconia, Baviera, Austria y Carintia, y aun en Sajonia la mayoría de los magnates se hubiera declarado en favor suyo ante el horror que les inspiraban las consecuencias probables de una monarquía welfa. ¿Pero puede, por ventura, censurarse á aquel noble príncipe por haber mantenido, en una época en que imperaban la deslealtad y el perjurio, su fidelidad alemana y considerado como sagrado el juramento que había prestado? Apoderándose Felipe de la corona que pertenecía á su sobrino, haciase reo de una usurpacion y daba á sus enemigos el derecho de hacer lo que de otro modo no podían llevar á cabo sin aparecer, por lo menos á los ojos de la nacion alemana, culpables de una ilegalidad. Los adversarios de la monarquía de los Staufen, dirigidos por Adolfo de Colonia, adoptaron una actitud expectante, creyéndose obligados á esperar la llegada del rey de Inglaterra, que les había hecho entrever tal esperanza: además no podían dar ningun paso decisivo sino conocer la opinion del jefe de los Welfos, del conde palatino Enrique, que procedente de Oriente se encontraba ya en camino de Alemania. Sin embargo, este estado de incertidumbre no podia prolongarse, pues cuanto mas durase, tanto mayores eran los peligros que producía. Así se comprendió especialmente en Sajonia, de donde partió el movimiento que debía conducir á una solucion definitiva. Algunos príncipes celebraron en Erfurt y en Arnstadt varias entrevistas, á las cuales concurrió Felipe de Suabia, á quien se confirieron poderes extraordinarios como defensor del imperio. Con esto nada se ganaba, dada la situacion de las cosas; así es que Felipe instó para que se procediera á una eleccion de rey, y si esta no se realizó en seguida fué únicamente por el deseo de obtener mayores concesiones de Felipe, el cual, entretanto, convencido de la imposibilidad de hacer prevalecer los derechos del jóven Federico, no se manifestaba, por su parte, opuesto á los deseos de los magnates. Cuando á principios de marzo de 1198 se reunieron estos de nuevo en Ichttershausen, llegóse sin dificultad á un acuerdo; el día 8 de marzo se verificó en la ciudad imperial de Muhlhausen la eleccion, que fué presidida por el arzobispo de Magdeburgo y cuyo resultado fué la proclamacion como rey del príncipe Felipe de Suabia allí presente.

Esta solucion sorprendió tanto mas á los adversarios de Felipe cuanto que no habían acudido á la eleccion por carecer de candidato propio. La tentativa que hicieron en seguida de proclamar un contra-rey fracasó tambien por completo, pues el duque Bertoldo IV de Zahringuen, hombre mal reputado de quien nada bueno tenia que esperar el imperio y á quien se ofreció la corona, acabó por renunciar á la eleccion que en favor suyo se había hecho y firmó las paces con Felipe. De querer persistir los adversarios de este

en su proyecto, no les quedaba mas recurso que proclamar una contra-monarquía welfa; pero como Enrique no había llegado todavía de Oriente y como este welfo, por sus intimas relaciones con los Staufen, no estaba tampoco dispuesto á desempeñar el papel que se le queria hacer representar, se decidieron á acudir al hermano menor, Oton, á pesar de que tambien hubo de ser llevado á Alemania desde lejanas tierras. Tres meses despues de la eleccion de Muhlhausen, es decir, en 9 de junio, fué elegido rey en Colonia, bajo la direccion de Adolfo de Berg, el jóven Oton, siendo coronado en 12 de julio en Aquisgran.

La persona del contra-monarca welfo no era propia para inspirar gran confianza, pues contrastaba con la nobleza y benignidad de Felipe, que se captaba generales simpatías. Algunos no consideraban á Oton como verdaderamente alemán, pues había nacido en 1182 en Argenton (Normandía), durante el primer destierro de su padre (1), y había vivido casi siempre en Inglaterra y en Francia. Siendo niño, había estado en rehenes en poder de Enrique VI (2), y el recuerdo de estos sucesos y de su resultado funesto para su casa, así como el trato íntimo con su tío Ricardo Corazon de Leon, habían sido causa de que, al revés de su hermano Enrique, fuera desde edad muy temprana enemigo de los Staufen. Además, el inquieto y aventurero rey de Inglaterra había mostrado especial predileccion á su sobrino, que á su lado se había criado: ya en 1190 le había nombrado conde de York y de March; despues procuró abrirle camino para que ocupara el trono de Escocia, y finalmente, en 1196 le había conferido el condado de Poitou. Viviendo entre los desórdenes anglo-franceses y adiestrado desde sus años juveniles en el arte de la guerra, habíanse desarrollado en él los malos rasgos de familia de los Welfos, y su carácter bárbaro é inconstante revelaba su parentesco con Ricardo Corazon de Leon. Únicamente un funesto encadenamiento de circunstancias pudo conducir á este jóven al trono alemán. Sus electores pensaban tan solo en atender á sus propios intereses y en debilitar cuanto les fuera posible el poder imperial, para lo cual se escudaban con el nombre del monarca. La monarquía welfa no tuvo en su origen otras raíces ni otras perspectivas, y por esto hubiera sucumbido bajo el poder de los Staufen,—que además de poseer mejores títulos representaban los intereses de la nacion,—á no haber coincidido su creacion con una gran crisis universal que amenazaba ser funesta á todo órden político y que ofreció poderoso apoyo á las tendencias antinacionales.

La muerte repentina de Enrique VI había sido una gran catástrofe para el imperio, cuya consecuencia fué la ruina total de la dominacion universal de los Staufen, que tan próxima se encontraba á su realizacion. Cuanto mas cerca se había visto del fin que perseguía, tanto mas alejada de él se hallaba á la sazón; cuanto mas alto había subido, mayor fué la caída, mientras que la Iglesia cuanto mayor había sido el peligro en que se había visto enfrente de él, con tanta mas energía procuraba evitar su reproduccion y conjurar para siempre el peligro de una verdadera soberanía imperial universal, creando para ello un órden de cosas completamente nuevo. El mismo anciano Celestino III, que tan pequeño se había mostrado, al principio de su pontificado, enfrente de aquella situacion difícil (3), habíasé crecido paulatinamente, concibiendo nuevas ideas y formulando mas vastos proyectos. Roma creía que Enrique VI no podia vivir mucho tiempo, y por esto se preparó con anticipacion para aprovecharse bien de las circunstancias

(1) Véase mas arriba.  
(2) Véase mas arriba.  
(3) Véase mas arriba.